

CARLOMAGNO EN ESPAÑA. *ANSEIS DE CARTAGO*  
(CANTAR DE GESTA DEL SIGLO XIII). ESTUDIO Y  
EDICIÓN EN ESPAÑOL DE JAVIER PÉREZ-EM BID.  
CÓRDOBA, EDITORIAL ALMUZARA, 2023, 360 PÁGS.  
ISBN: 978-84-11315-78-4.

GHISLAIN BAURY

*Le Mans Université – Temps, Mondes, Sociétés (TEMOS) UMR CNRS 9016*

En 1892 fue publicada en Tübingen por John Alton la única edición impresa hasta el momento de *Anseis de Carthage*, cantar de gesta del Ciclo del Rey que es una de las piezas de este género no traducidas al francés moderno. La razón de esto último puede estribar en su temática extranjera al espacio político francés, admitida desde el siglo XIX al ser reconocida como una apropiación literaria de la leyenda del rey visigodo Rodrigo y la Pérdida de España. Ello no obstante, su publicación en el portal *Gallica* ha facilitado en los últimos años que la obra sea analizada en estudios histórico literarios entre los que cabe destacar los de Dominique Boutet sobre la imagen literaria de Carlomagno, que han venido a situar en su contexto cultural lo que otros investigadores del terreno de la filología (Brettschneider, Jordan, Bédier, Subrenat, Moisan, Simpson, Mori, Horrent, Vallecalle) apuntaron acerca de la cronología, propósitos y contenido general de la obra.

A la citada lista de estudiosos de la literatura épica hay que añadir los más recientes trabajos de S. López Martínez-Morás sobre el Pseudo Turpín, verdadero fautor de las leyendas acerca de Carlomagno en España (título, por cierto, determinado por exigencia editorial en el libro que comentamos), sobre cuyo papel en el imaginario de la inmigración “francesa” en la España de los siglos XII y XIII J. Pérez-Embíd se abstiene de abundar en el estudio introductorio con el que presenta su traducción de este cantar de gesta.

Una traducción presidida, según sus palabras, por el “imperativo de apartarse del texto lo menos posible”, lo cual le ha llevado a españolizar los nombres propios mediante la adición de una desinencia en vocal (Agoulant: Agulante; Maupriant: Malpriante). A preferir, también, la elección del término menos eufónico en español, pero más ajustado al parentesco literal de ambas lenguas. Y, lo que no es lo más común en las traducciones al idioma actual de los poemas épicos medievales, a respetar en la prosa castellana algunas rimas del texto original en verso que resultan más próximas al español que al francés moderno. Este recurso —detectable, según él reconoce, en el texto de la *General Estoria* y en otras prosificaciones medievales de cantares como el *Myreur des Histors*

de Jean d'Outremese— parece dirigido a transmitir al lector algo del ánimo con que eran oídos estos productos literarios que se ponían en boca de los juglares. Porque esta traducción al castellano no va a sustituir como fuente de referencia al texto del poema editado por John Alton, o al que antes o después lo sustituya mediante el exhaustivo cotejo de los códices que contienen la obra. Puede, sin embargo, satisfacer el apetito de los amantes de la literatura medieval, complacidos en percatarse cómo la cadencia asonantada de las “laisses” contenía ya a mediados del siglo XIII el relato novelado del *roman*.

La lectura del texto sirve, además, como ilustración del diálogo entre historia y ficción que late tanto en las crónicas como en la literatura medieval. Siguiendo una línea ya incoada en su edición de *La toma de Córdoba y Sevilla* (Universidad de Sevilla, 2020), el autor analiza en su estudio la concepción de la obra, y asumiendo una clave interpretativa inédita, la presenta como opuesta originariamente al ciclo de los cantares narboneses, al que pertenece el antes citado. Pero es, sobre todo, la identificación de los referentes reales de los topónimos lo que constituye la piedra de toque de este estudio. La necesidad de apartarse de la secuencia histórica de la invasión musulmana de España (bien transmitida a la historiografía latina por Jiménez de Rada) llevó al *trouvère* a situar el punto de desembarco, y puerto de embarque hacia África, en una *Conimbres* cuya identificación con Coímbra, aparte la génesis toponímica, la basa el autor en su ubicación occidental y en servir de feudo al traidor. Así, el teatro de esta “pérdida de España” se sitúa no en la Bética sino en una ciudad imaginaria, *Morlingana*, cuyo referente se abstiene de situar en Toledo, por más que sea evidente su ubicación central en el reino de España. Desde la cual la mesnada de Anseis, en su retirada estratégica hacia el espacio inmediatamente septentrional, emprende un periplo de refugio en fortalezas defensivas que desde la noroccidental Luiserna (aquí reducida con varios argumentos y apoyos textuales a Lugo) la lleva por el camino francés —ya en 1865 Gaston Paris había señalado que “el verdadero protagonista de la obra es el Camino de Santiago”— a *Estorges* (Astorga) y, dejando de lado León, Mansilla y Sahagún (donde Carlomagno infeudará el reino a su joven vasallo) hasta la más occidental Castrojeriz, donde se hará inevitable la llamada de auxilio a Carlomagno. En la traducción de estos topónimos (incluyendo la de *Fourniaus*: Hornillos del Camino), desde la forma en que aparecen en el texto del poema y su misma elección como escenarios de la ficción histórica, el autor no se limita a basarla en el texto del Pseudo Turpín, sino que la apoya con argumentos que deberán ser tenidos en cuenta en adelante por la crítica especializada. De la misma forma que la más precisa acotación cronológica de los códices continentales del *Anseis* habrá de aseverar, o desmontar, la propuesta de Pérez-Embid de justificar la intitulación real de *Carthage* para Anseis en la cruzada a Túnez de Luis IX.

Por lo demás, se trata de un cantar de gesta donde los hechos de armas se hallan entrelazados en buena medida con escenas amorosas provenientes de la tradición cortés, y donde las relaciones feudovasalláticas (notablemente el servicio de hueste) se hallan más extensamente desarrolladas que en los textos escritos durante el primer siglo del género, y en el estudio se comentan con base en los estudios ya publicados, principal-

mente en lo concerniente a la visión del mundo musulmán. En este aspecto, un listado onomástico sirve para demostrar la imagen de los sarracenos creada a partir de la propia experiencia francesa en la época de las cruzadas. Ello, el ya aludido análisis de la toponimia imaginaria, y la conciencia de no sustituir como referencia en la investigación a la edición de J. Alton, parece haber eximido al autor de añadir a la traducción un índice onomástico y toponímico completo, que no es, por otra parte, de rigor en todas las ediciones de textos medievales. Sí se ha permitido, en cambio, una capitulación del texto, muy a menudo justificada por las mismas cesuras narrativas explícitamente declaradas por el autor del poema, y a la que remite la guía o índice temático dispuesto al final. Como también resulta de utilidad la serie de notas que saltan a pie de página el texto, allí donde determinado pasaje ha demandado mostrar la traducción practicada, o donde un término relativo a conceptos o instituciones algo particulares de la Edad Media parecía aconsejar una glosa.

En definitiva, estamos ante una muestra de la extensa literatura histórica francesa que, por su ambientación en la España de la Edad Media, parecía demandar una traducción al castellano, aunque no fuera sino por su coetaneidad con el poema de Mío Cid, con el de Fernán González, o con la obra de Berceo. Apuesta por la que hay que felicitar al autor y a la editorial, y que puede estimular otras iniciativas del mismo tipo.